



**X JORNADAS DEL GRUPO
DE TRABAJO**

Scriptorium Isidori Hispalensis

*“De natura rerum. Sobre la descripción del mundo
natural en la obra de San Isidoro de Sevilla”*

Prof. Dr. Miguel Ángel Ladero Quesada

22 de marzo de 2023



San Isidoro de Sevilla en la Delegación de Hacienda de Sevilla
Autor José Pérez Pérez, Peresejo (1887-1978).

De natura rerum. Sobre la descripción del mundo natural en la obra de San Isidoro de Sevilla

Miguel Ángel Ladero Quesada

Universidad Complutense. Real Academia de la Historia

San Isidoro afirma al comienzo del Libro XIII de las *Etimologías*: “el mundo es el cielo, la tierra, el mar y las cosas que hay en ellos; todo obra de Dios, del cual se dice: *et mundus per Eum factum est*” [Juan, 1,10, refiriéndose al Verbo o Palabra: “en el mundo estaba, el mundo fue hecho por ella, y el mundo no la conoció”]. Mi propósito es facilitar algunas informaciones y comentarios sobre lo que el sabio obispo hispalense escribió acerca de tan amplísimos asuntos, especialmente en el tratado que tituló *De natura rerum*, inspirándose en Lucrecio, y en varios libros o partes de sus *Etimologías*ⁱ. Esta última obra se utilizó continuamente y tuvo fama general durante la Edad Media europea y aun más acá. Además, San Isidoro de Sevilla ha sido objeto de muchos y bien conocidos estudios contemporáneos sobre su persona y su mundo intelectual y político y, por eso, puedo abordar, sin más preámbulo ni presentación, el asunto de esta conferencia.

Los Cielos

Isidoro se interesó especialmente por la astronomía, más que por las otras artes del *Cuadrivium*. Escribió su *De natura rerum* a petición del rey Sisebuto, su discípulo, que sentía gran curiosidad intelectual por la cuestión, y amplió años más tarde su texto en los libros III y XI de las *Etimologías* (III.3. De Astronomía. XIII. De Mundo). Nuestro autor siguió así una tradición arraigada en los escritores cristianos al menos desde tiempos de Ambrosio y Agustín. La definición que da de lo que es astronomía está tomada literalmente de Casiodoro: “Astronomía es la disciplina que estudia el curso de los cuerpos celestes, las figuras de las estrellas, sus relaciones entre sí y con la Tierra”. Apenas conoció la obra de astrónomos clásicos, e incluso cita la *Compositio mathematica*, o *Almagesto*, y el *Tetrabiblon* de Ptolemeo a través de otros autores; parece que una de sus fuentes principales fue el *De Astronomia Libri Quattuor* de Gaius Julius Hyginus (64 a.C.-17 d.C.), en una interpolación del siglo II que resumía el *Almagesto* ptolemaicoⁱⁱ. Sin embargo, Isidoro pudo elaborar una síntesis de conocimientos que se utilizó durante toda la Edad Media, aunque, eso sí, enriquecida a partir de mediados del siglo XII por el conocimiento de Ptolemeo y otros autores clásicos, a través de las traducciones y comentarios de los astrónomos árabesⁱⁱⁱ.

Isidoro, en primer lugar, define el Universo como esfera en la que se contiene todo lo creado. El Universo o cielo que, según repetía san Ambrosio, “es esférico, animado de un movimiento giratorio, hecho de fuego”: ese “fuego” es el éter, el elemento propio del “lugar donde están las estrellas” (*Etim. De mundo. XIII.V*). La esfera celeste, que rota de E. a O. cada 24 horas terrestres, con su eje, polos y quicios o extremos del eje, está dividida en hemisferios y en cinco zonas o círculos –ártico, tropical norte, equinoccial, tropical sur, antártico-, y delimita un espacio inmenso pero, más allá de ella, no hay nada; es decir, lo contrario a nuestra imagen de un “universo en expansión”, ilimitado. La esfera celeste contiene, a su vez, un conjunto ordenado de diversas “esferas” que rotan de O. a E., en torno a la Tierra, centro material del Universo: lo más lejano a ella es la esfera o cielo de las estrellas fijas, ordenadas en constelaciones -48 según Ptolomeo- cuyos nombres y características expone Isidoro. Más acá, se disponen los cielos o esferas de las estrellas móviles, cada una de ellas con su propia órbita, por la que se mueve completando una “revolución” completa cada cierto tiempo, con una duración que es diferente en cada caso: Luna, Mercurio, Venus, Sol, Marte, Júpiter y Saturno. La Vía Láctea no es una esfera sino el rastro en el cielo nocturno del curso diurno del sol: en este punto, Isidoro repite una idea atribuida a Pitágoras.

Entre las constelaciones del cielo de las estrellas fijas destacan las doce que dibujan los signos del Zodíaco, de especial importancia por cuanto “sus nombres eran objeto, desde hacía siglos, de cierta reverencia religiosa”. San Agustín, e Isidoro tras él, afirmó que fueron los hombres quienes “con la intención expresa de engañar, habían dado a los planetas nombres de dioses”, y lo mismo sucedía con los signos del Zodíaco cuyos nombres eran resultado de una especie de “mitología celeste” (Riché), de una superstición incompatible con la fe cristiana. Pese a lo cual, Isidoro comenta detalladamente los doce signos zodiacales, e incluye breves relatos mitológicos sobre algunas estrellas y planetas. Pero este tributo a la tradición cultural clásica no impide que nuestro autor esté claramente en contra de la astrología, que considera como superstición:

Entre la astronomía y la astrología hay diferencia, pues la astronomía trata del giro del cielo, de la salida, puesta y movimiento de los astros y de las causas de sus nombres; pero la astrología tiene una parte que es natural y otra que es supersticiosa. Es natural en cuanto que sigue el curso del sol y de las estrellas y de las estaciones de los tiempos, pero es supersticiosa cuando quiere augurar por las estrellas o por los doce signos y su curso cómo ha de ser el alma, cómo se han de disponer los miembros, cómo será el nacimiento de los hombres y cuáles sus costumbres [*Etim. Libro Tercero: De las cuatro disciplinas matemáticas. De astronomía, cap. XXVI*].

Pues si el género humano se mueve necesariamente en sus actos ¿por qué los buenos han de recibir alabanza y los malos sanción de la ley? ... Los mismos gentiles, como Platón y Aristóteles ... condenaron todo esto y dijeron que de tales doctrinas no pueden salir más que confusiones (*Ibid., cap. LXX*).

Ahora bien, continúa Isidoro, los conocimientos astronómicos, como los de las siete artes liberales en conjunto, de tal manera deben levantar los ánimos ilustrados por la ciencia humana sobre todas las cosas terrenas, que los lleve a la contemplación de lo sobrenatural. ¿Estamos a punto de entrar en el ámbito de las explicaciones simbólicas, que se consideran característica del pensamiento medieval?: no me lo parece, Isidoro no apela a lo simbólico sino solamente a lo alegórico en la que Riché denomina “la astronomía mística y simbólica del cielo”, porque se limita a proponer comparaciones útiles para la enseñanza o propédeutica religiosa”, tal como habían hecho ya Ambrosio y otros autores cristianos. He aquí algunos ejemplos:

- “Este mundo ha sido creado a imagen de la Iglesia”
- La noche y el día: la humanidad pasa de las tinieblas a la luz
- El paso del tiempo (meses, estaciones, años), signo de la condición mortal
- La Luna, recibe la luz: ‘símbolo a la vez de mortalidad e inmortalidad’
- El año, asimilado a la vida terrestre de Cristo.
- Las intemperies de la estación invernal, símbolo de la incredulidad, el incrédulo, ‘frío como el hielo’
- Cristología celeste: ‘Identificación mística de Cristo con el Sol’: derrite la incredulidad.
- El sol-Cristo ‘da a los santos la luz de su gracia’
- El arco iris simboliza la gloria de Cristo
- Eclipse, ‘símbolo de muerte y resurrección’
- Rayo, trueno, nubes, como milagros y palabra de los santos
- Los diversos ritmos del firmamento y sus tiempos, símbolo de las vicisitudes de la Iglesia. Vg.: el eclipse de Luna, símbolo de la Iglesia perseguida; fases de la Luna como vicisitudes de la Iglesia.
- Las señales del fin de los tiempos: la nieve anticipa la bondad de los justos el día del Juicio. - El terremoto y la tempestad, señal del fin de los tiempos (tomado de Gregorio).

Por lo demás, Isidoro no imaginó ni describió lo que hubiera más allá del Universo creado, esto es, más allá de la esfera de las estrellas fijas. Se limitó a suponer que los espíritus residían más allá de las estrellas, en el tercer cielo al que aludió San Pablo, pero no conoció la teoría aristotélica de la novena esfera o *primum mobile*, transformada por los escolásticos en *coelum empyroeum*, y aun otra esfera, la décima, sede de Dios con los ángeles. Y apenas especuló con la posibilidad de que éstos rigieran como *inteligencias* el movimiento de las esferas celestiales. En este aspecto, como en muchos otros, Isidoro no es todavía un autor medieval sino más bien el último de la Antigüedad en el occidente romano.

La Tierra

La Tierra está situada en el centro del Universo. Isidoro la describe como una rueda (*orbis*): *por todas partes la rodea el Océano, cercando sus límites como en círculo* (*Etim.* XIV, I,1). Esta imagen no permite discernir si nuestro autor consideraba a la Tierra como un disco o como una *esfera*, que parece lo más verosímil dada su visión general de las esferas celestiales, y también su mención a la existencia de un continente Antípoda situado más allá de la zona tórrida ecuatorial, lo que implica la existencia de un hemisferio sur^{iv}. Mucho más claro sería Beda el Venerable, un siglo más tarde, al representar la estructura de la Tierra a modo de un enorme huevo del cual el fuego sería la cáscara, el aire la membrana, el agua la clara y la tierra la yema. Esta imagen también procedía del mundo griego^v.

La Tierra, como el Universo entero, se formaba a partir de partículas simples llamadas *átomos*: *el átomo es lo que no se puede dividir, como el punto en la geometría* (XIII, II,4). Isidoro tuvo noticia de los filósofos atomistas, en especial de Demócrito, a través de otros autores y, por supuesto, no habría compartido sus ideas cosmogónicas, pero no tuvo inconveniente en considerar lógico este aspecto de la teoría atomista. De átomos, pues, están formados los cuatro elementos básicos que constituyen la Tierra: fuego, aire, tierra y agua.

Nuestro autor dedica el Libro XIII de las *Etimologías* a describir y a dar explicación de todos los aspectos conocidos en relación con el aire y el agua. Pasan así ante nuestros ojos el trueno y el rayo, el arco iris, las nubes y la lluvia, el granizo, la escarcha y el rocío, la niebla y la calima, las tinieblas, la sombra y la luz. A continuación, la amplísima gama de los vientos, de los que hay cuatro principales: subsolano u oriental, austro o meridional, favonio u occidental (céfiro), y septentrión o del norte. Y, como complemento de los vientos, el torbellino, la tempestad, el fragor, la borrasca.

Y, sobre las aguas, elogia su valor, porque, junto con el fuego, *son los elementos indispensables para la vida humana y, además, el agua es el elemento preponderante entre todos los demás*. Agua es el Océano o Mare Magnum que, a manera de círculo, rodea el orbe, y todos los mares interiores, comenzando por el Mediterráneo, al que Isidoro dio este nombre porque separa a Europa, África y Asia mientras que, según él, el Mar Rojo es solo un golfo. No voy a repetir aquí su detallada descripción de estrechos, lagos y ríos, entre los que destaca los cuatro ríos que nacen en el Paraíso Terrenal, siguiendo al *Génesis* (2:10-13): Éufrates, Tigris, Guijón y Pisón, asimilados estos últimos por Flavio Josefo (m. 100 D.C.) al Ganges y al Nilo, sin mucho fundamento^{vi}. Todas las aguas fluyen a partir del *abismo*, comenzando por el manar de las fuentes, y, de una u otra manera, retornan a él. Isidoro se basa siempre en autores anteriores, entre los que destaca frecuentemente el gran Gaius Plinius Secundus, Plinio *el Viejo* (23-79 d. C.), autor de una magna *Naturalis Historia* dividida en treinta y siete libros. En la descripción del primer diluvio, el de Noé, Isidoro sigue a la Biblia, pero retorna a los clásicos al mencionar otros dos menores, el de Acaya y el de Tesalia, y añade una observación singular al comentar el diluvio bíblico:

Cubrió de agua toda la tierra y, borrado cuanto había, no quedó más que el espacio entre el cielo y el mar, de lo cual tenemos todavía indicios en las rocas que vemos aún en los más altos montes, formadas de conchas y ostras y socavadas por las aguas.

Pero, en general, la originalidad isidoriana radica en la capacidad panorámica o de síntesis y en la disposición de los asuntos tratados, dentro del orden general de las *Etimologías*.

Así lo vemos, también en el Libro XIV, *De la tierra y sus partes*, compendio de lo que entonces se sabía sobre la *Imago mundi* -el término Geografía no se utilizaba-. Durante la Alta Edad Media, entre los siglos VI y XI, se mantuvo, en general, el conocimiento geográfico disponible en el Imperio Romano de Occidente en la época inmediatamente anterior, que era ya muy inferior al de los tiempos de madurez de la ciencia helenística^{vii}, pero en aquellos siglos se pusieron “los fundamentos de la geografía medieval” manteniendo conceptos básicos heredados aunque entendiéndolos o adaptándolos a menudo a las creencias propias del cristianismo de aquellos tiempos porque “las reflexiones medievales derivan del encuentro de la cosmología bíblica y la ciencia antigua”^{viii}, aquella podía facilitar la exégesis, pero era ésta la que aportaba los contenidos: “la deuda de la geografía medieval con sus precedentes clásicos es enorme, hasta el punto de que sus postulados más importantes son todos herencia de la Antigüedad ... no sólo la visión de conjunto ... sino también la consideración de temas geográficos más específicos”.

Nada nuevo, por lo tanto, en la imagen de la Tierra *dividida en tres partes, de las cuales una es Asia, otra Europa y la tercera, África*. Asia es una mitad del orbe y Europa y África la otra mitad. Pero siempre hemos de tener presente que San Isidoro fue un autor de referencia durante toda la Edad Media, e incluso alguna parte de su obra fue traducida siglos después a lenguas vernáculas^{ix}: a él se debe -ya lo he indicado- la nueva denominación del *Mare Nostrum como Mediterráneo, y la imagen o esquema cartográfico del mundo como un disco o rueda (orbis)*. Influyó directamente sobre otros autores como Beda el Venerable, en la primera mitad del siglo VIII, el autor, tal vez hispano, del *Versus de Asia et de universi mundi rota* (ca.800), el irlandés Dicuil (*Liber de mensura orbis terrestris*, ca.825), o Rabano Mauro, en su *De Universo*, en el IX. Era una geografía basada en autores clásicos, en la que seuxtaponían elementos ciertos y otros muchos fantásticos o maravillosos.

Así, la mención a la existencia de una cuarta parte del mundo, los Antípodas, es breve, lo que contrasta con la abundante literatura a que daría lugar este asunto en los siglos medievales, pero confirma indirectamente que Isidoro tenía una imagen esférica de la Tierra: *además de estas tres partes del orbe hay una cuarta parte más allá del Océano, hacia el mediodía, que es desconocida para nosotros debido a los ardores del sol, en cuyos límites se dice fabulosamente que habitan los antípodas^{xi}, que viven en la Libia y tienen las plantas de los pies vueltas y ocho dedos en cada planta*.

El Paraíso es un lugar situado en las regiones del Oriente ... *Hortus deliciarum* [según la mezcla de etimologías griega y hebrea] pues es abundante en todo género de árboles fructíferos, teniendo también el *lignum vitae*, árbol de la vida. No hay allí frío ni calor, sino constante templanza del aire. En su parte media hay una fuente que riega todo el jardín y de la que nacen cuatro ríos. Las puertas de este lugar se cerraron después del pecado; está rodeado por todas partes de espadas de fuego, o sea, de un muro ígneo, cuyo fuego casi se une con el del cielo. Un querubín, o sea, la fortaleza de los ángeles, está dispuesto para apartar a los espíritus malos ... a fin de que la entrada al Paraíso no esté abierta a la carne ni al espíritu de la transgresión. por las aguas.

Tal vez sea sorprendente que Isidoro no introduzca o ponga de relieve otros elementos de geografía religiosa, ni siquiera al escribir sobre Jerusalén, de la que se limita a indicar que es *como el ombligo de toda la región* de Judea.

Por lo demás, no sería oportuno resumir aquí el texto isidoriano, que recorre todo el mundo conocido, en sus partes y regiones, siguiendo el orden Asia-Europa-África y consigue una completa síntesis de conocimientos y leyendas sobre tierras y pueblos antiguos, que hoy pueden situarse sobre un mapa del Viejo Mundo, hasta concluir con la descripción de las profundidades de la Tierra, donde están el *tártaro*, *la gehena* y *el inferus*:

Tártaro: carece de sol y de luz ... perpetuo horror ... solo hay llanto y crujir de dientes.

Gehenna: lugar de fuego y azufre... lugar de suplicio futuro en donde los pecadores han de ser atormetados ... Hay dos gehenas, la del fuego y la del frío.

Inferus: en el orden de los espíritus los lugares inferiores son los más tristes.

Isidoro no explica si los tres términos son sinónimos pero, sea como fuere, no los presenta como lugares donde sea grato vivir^{xiii}. Ahora, volviendo a la superficie terrestre, sólo expondré algunos ejemplos más:

Pentápolis, es una región situada en los confines de Arabia y Palestina. Recibe este nombre de las cinco ciudades de los impíos. Su tierra fue la más fértil después de Jerusalén, hoy desierta e improductiva, pues a causa de los pecados de sus habitantes descendió fuego del cielo y devastó toda aquella región, quedando convertida en cenizas eternas.

Germania: es tierra rica en hombres y pueblos numerosos y frecuentemente muy grandes, de donde por su fecundidad para fundar pueblos se le llamó Germania. La Selva Negra es muy fecunda en aves, cuyas alas brillan de noche. Se crían bisontes, toros salvajes y alces. Es rica en piedras preciosas, cristal muy fino, ámbar, cállais verde y ceraunio blanco...

Gallia, llamada así por la blancura de sus habitantes, pues *gála* en griego significa leche: las montañas y su temperatura media excluyen los ardores del sol, lo cual hace que los cuerpos no se colorean.

Hellas. Ática: esta es la verdadera Grecia, donde está la ciudad de Atenas, maestra de las letras liberales y nodriza de filósofos; más noble y más esclarecida ciudad que Atenas no hubo ciudad en Grecia.

Italia. Es tierra bellísima en todos sus aspectos y gratísima por su fertilidad y abundancia de pastos.

Sicilia. ... Tiene tierra fructífera y oro abundante; llena, sin embargo, de cavernas y hendiduras con azufre y combatidas por los vientos. Allí están los incendios del monte Etna; en su estrecho están Escila y Caribdis, donde las naves son absorbidas por las aguas o chocan contra las rocas. Fue en otro tiempo patria de cíclopes y asiento de tiranos, fértil en frutos y la primera que empleó el arado antes de sembrar ... y la primera que obtuvo la piedra ágata... abunda en corales y tiene las sales de Agrigento, solubles al fuego y crepitantes en el agua.

Hispania, llamada primeramente Iberia, por razón de los iberos; después Hispania, de Hispalo. Esta es la verdadera Hesperia, llamada así del Héspero, la estrella occidental... cerrada por el septentrión por los montes Pirineos [de "pyr", fuego, "como una defensa hecha *ad hoc* entre Galia e Hispania]. Es riquísima por la salubridad de su cielo, por su fecundidad en todo género de frutos y por la abundancia de gemas y metales... Tiene seis provincias: Tarraconense, Cartaginense, Lusitania, Galecia, Betica y, pasando por el estrecho en la región de África, la Tingitania.

[Tingitania] es región donde abundan las fieras, monos, dragones y avestruces; antiguamente tenía muchos elefantes que hoy solo los tiene la India.

[Las islas]: *Ebosus* (Ibiza) isla de Hispania, llamada así porque está muy cerca de Zanio (Denia), de la que dista setenta estadios... las serpientes huyen de estas tierras; frente a ésta se halla la isla Colubraria (Dragonera), en la que son abundantes.

Las Baleares son islas de Hispania; las dos principales son *Afrosiada* y *Gimnasia*, o sea, Mayor y Menor, de donde el vulgo las llama Mayórica y Menórica. En estas islas es donde primero se inventaron las hondas, con las que lanzaban las piedras, y por eso las llamaron Baleares.

Fortunatae (Canarias): tienen todos los bienes, considerándolas como felices y dichosas por la abundancia de sus frutos. Espontáneamente dan fruto muy rico los árboles, los montes se cubren de vides espontáneas, en vez de hierbas hay mieses...

Isidoro, aunque conoce a los autores antiguos, no se deja arrastrar por la imagen de un Océano Índico maravilloso, cubierto por más de siete mil islas, al contrario de lo que harán otros autores más adelante^{xiv}. Se muestra, una vez más, como intelectual prudente a la hora de aceptar supercherías, y se limita a mencionar algunas islas, reales o no, que gozaban de mayor fama:

Taprobana (Ceilán): isla situada debajo de la India ... [su gran tamaño] ... Es abundante en perlas y piedras preciosas; abundan en parte de ella, elefantes y fieras, y la otra parte la ocupan los hombres. Se dice que en esta isla hay dos veranos y dos inviernos en el año y que florecen dos veces los árboles^{xv}.

Chryse y Argire son islas del océano Índico y tan abundantes en metales que, según se dice, en muchos lugares hay superficies de plata y oro; de aquí tomaron sus nombres estas islas^{xvi}.

Criaturas Terrestres

Minerales, vegetales y animales reciben amplia atención en las páginas de las *Etimologías*, donde Isidoro presenta largas listas de nombres, clasificados según criterios muy precisos y acompañados de la correspondiente descripción, en la que suele haber datos complementarios. No son textos sencillos de comentar salvo para establecer qué autores clásicos han influido sobre Isidoro, o bien qué relaciones hay entre lo que él escribe y otras obras medievales posteriores, pero ambos propósitos exigen una labor de búsqueda y exégesis minuciosa que solo en parte se ha llevado a cabo y cuyo resultado, además, sería imposible exponer en una introducción general como la que presento aquí.

1. Minerales

El Libro XVI, titulado De las piedras y metales se conoce habitualmente como Lapidario de San Isidoro. Plinio es, una vez más, la principal fuente de datos, que nuestro autor reparte en una clasificación meticulosa basada en el principio de calidad o nobleza material de la piedra, tal como entonces se apreciaba, sin ninguna relación con los criterios que predominarían hoy, propios de la mineralogía y la química. Isidoro distingue estos apartados:

1. El polvo y la gleba de la tierra: polvo, limo, gleba, barro, arcillas -entre ellas las aptas para fabricar porcelana-, y varios tipos de azufre.
2. Las glebas condensadas en el agua, como son el betún, el alumbre, el nitro, la caparrosa y, especialmente, la sal.
3. Las “piedras vulgares”, entre ellas los cálculos y cantos sueltos, la piedra pómez, el *cos* o piedra de amolar, el yeso, la cal viva y la arena utilizados en albañilería.
4. Las “piedras insignes” por sus cualidades o aspecto: la magnetita, el azabache –abundante en Bretaña-, el asbesto, la obsidiana y otra treintena, generalmente de procedencia griega, egipcia o del Próximo Oriente, que probablemente nunca vio Isidoro.
5. Los mármoles, “notables por su belleza ... de colores y géneros innumerables”. Nombra muchos de ellos según su lugar de origen, y algunos por su aspecto: basaltos negros, alabastros blancos o veteados.
6. Las piedras preciosas: *las clases de gemas -escribe- son innumerables y solo vaos a hablar de aquellas que son más principales o conocidas ... Se llaman piedras preciosas porque son caras ... o porque son raras.* Y, una vez escrito esto, les dedica nueve capítulos (VII a XVII), distinguiendo las gemas según colores -criterio asociativo y superficial pero útil-: verdes (esmeralda, topacio, jaspes, obsidiana o vidrio natural); encarnadas (coral, ámbar procedente del Océano septentrional, ónix); purpúreas (amatista, zafiro, jacinto); blancas (perla o margarita); negras (ágata); multicolores (ópalo, murrina); cristalinas (diamante), de color fuego (carbunco); de color áureo (chrysolitus).
7. Los vidrios, fabricados por el hombre, en especial “el transparente y semejante al cristal”.
8. Los metales son de siete géneros y su estudio se reparte en otros ocho capítulos, dedicados al oro, plata, cobre, hierro, plomo, estaño y *electro* o platino. El criterio asociativo isidoriano se manifiesta de nuevo cuando sorprende al lector escribiendo sobre monedas, tributos y acuñaciones en oro, plata o cobre en el capítulo XVIII, dedicado al oro.

Es evidente que Isidoro conocía el origen no mineral del ámbar, el coral y las perlas, pero esto no es obstáculo para que las integre en el mundo mineral, por su dureza y aspecto. Sería interesante exponer las cualidades que atribuye a algunas piedras pero, antes, es preciso hacer un comentario de otro tipo.

Los *Lapidarios* medievales, como algunos de la Antigüedad, suelen aludir a las propiedades mágicas, profilácticas o curativas de algunos de los minerales que describen y, a veces, “a la influencia que los signos del Zodiaco y los planetas ejercen sobre ellos”^{xvii}.

Así, el muy difundido *Liber lapidum* o *De lapidibus* escrito por Marbodo, obispo de Rennes (c. 1090), que recogía en gran parte el contenido del *Damigeron*, escrito en griego en el siglo I, con la descripción de sesenta piedras a las que se atribuía propiedades mágico-medicinales, por lo que algunos historiadores lo consideran como un tratado médico^{xviii}. Los *Lapidarios* se difundieron más desde el siglo XIII: así, los contenidos en las enciclopedias de Vicente de Beauvais (*Speculum Historiale*) y de Bartolomé Ánglico (*De proprietatibus rerum*). También Alberto Magno, en su *De Mineralibus* o *Mineralia*, incluyó un lapidario en el que se refería a las propiedades de las piedras, comprobada experimentalmente, según escribe, aunque sus causas ocultas sean mágicas o astrales^{xix}. Por su parte, el Lapidario de Alfonso X de Castilla se inspira directamente en textos árabes, o los traduce, contiene unas 300 descripciones de “piedras” y da especial importancia a las relaciones e influencias astrológicas que reciben y transmiten las piedras descritas: “mostrar cómo reciben la virtud de las estrellas y los planetas *los cuatro elementos, y además todas las cosas que se hacen de ellos y por ellos...*”^{xx}.

Algunos *Lapidarios* y otros textos medievales consideran a las piedras preciosas como expresiones de simbolismo sagrado y moral, formando parte de conjuntos descritos en la Biblia o sustentados en devociones arraigadas. En el primer caso, las piedras preciosas que forman parte del *efod* y del *pectoral* de Aarón, sacerdote de Yahvé, cuyas vestiduras sagradas describe el libro del *Éxodo* con todo detalle: dos piedras de ónix en el *efod* con los nombres de los hijos de Israel [las tribus] y cuatro filas de piedras en el *pectoral del juicio*, engastadas en oro (sardio, topacio, esmeralda / rubí, zafiro y diamante / ópalo, agata y amatista / crisólito, ónix y jaspé), que corresponden a los nombres de los doce “hijos de Israel”^{xxi}. Aquellas doce piedras tuvieron así un carácter sagrado que se prestó a diversas interpretaciones simbólicas a partir de San Jerónimo, como símbolos de virtudes y portadoras de propiedades curativas diversas. Otra modalidad de simbolismo sagrado se encuentra en la interpretación de las doce piedras que ornaban la corona mística de la Virgen María alternando con seis estrellas y seis flores. Eran piedras preciosas ya mencionadas en el *Éxodo* o el *Apocalipsis*, aunque en algunos casos la descripción varía mucho^{xxii}.

Pues bien, casi nada de esto se encuentra en el *Lapidario de San Isidoro*: ni referencias religiosas ni tampoco las de carácter supersticioso, de modo que no le pudieron citar como autoridad los que durante siglos creyeron en los buenos efectos de las piedras preciosas, que detectaban el veneno en los alimentos o la infección del aire, o bien curaban: el zafiro, rojo, cura úlceras; el jaspé, verde, inhibe la lujuria, la menstruación y la concepción; el amuleto de ámbar amarillo en el cuello protege contra hidropesía, escrófulas, enfermedades cardíacas o del cerebro; el “dije de azabache o de coral en forma de puño cerrado en un gesto especial [*higa*] dejando a la vista el dedo pulgar entre el índice y el corazón”, defiende, en especial a los niños, contra el mal de ojo y otras brujerías y encantamientos^{xxiii}.

Isidoro tuvo que saber mucho de esto pero su calidad intelectual le impedía mezclar de manera inadecuada lo profano con lo sagrado -que tiene su lugar preeminente en los Libros VI a VIII de las *Etimologías*- y le impulsaba a dar el menor espacio posible a la

descripción de lo que consideraba supersticioso: las escasas catorce menciones que he hallado van casi todas precedidas por cautelas para no implicar al autor: “dicen los agoreros”, “los magos afirman”, o similar. Solo prescinde de ellas en algunos casos: el diamante permite detectar venenos, resistir a los maleficios y disipar vanos temores; las serpientes y demonios huyen del azabache que, además, descubre la virginidad; el amianto resiste a los maleficios y hechizos. Y poco más.

2. Vegetales

El Libro XVII de las *Etimologías*, dedicado a la agricultura, contiene listados detallados con nombres de las varias clases de trigo, otros cereales y leguminosas, vides de diverso tipo, plantas y semillas, hortalizas (26), olivo y otros 56 árboles, precedido por una introducción general. Los comentarios son someros, casi siempre, aunque el libro es muy útil para conocer la agronomía mediterránea de época romana, pero carece de referencias simbólicas y menciona en muy pocos casos el valor medicinal de las plantas, lo que le diferencia claramente de los catálogos o *herbarios* de plantas medicinales que el mundo antiguo transmitió a la Edad Media, especialmente el *De materia medica* de Pedanius Dioscórides, escrito en el siglo I, antes del año 60, que “distribuye sus contenidos de acuerdo con la finalidad de los remedios: diuréticos, afrodisíacos, etc. Trata sobre 600 plantas, 90 minerales y 35 productos animales ... No intentó una clasificación sistemática de las hierbas ... pero creó una terminología en la que se basó el lenguaje científico posterior”^{xxiv}: se ha escrito que “la transmisión textual del Dioscórides es una verdadera introducción al conocimiento de la farmacia occidental desde la época antigua hasta el siglo XVII”.

Otros herbarios se compusieron por primera vez en los tiempos medievales. Así, el conocido como *Macer Floridus*, escrito probablemente por el monje Odón de Meung en la segunda mitad del siglo XI^{xxv}, o el *Circa Instans (De simplicibus medicinis)*, obra de Mattheus Platearius, médico de Salerno, escrito entre 1130 y 1160. Ninguno de ellos guarda relación próxima con lo escrito por Isidoro de Sevilla.

3. Animales

La cultura medieval cristiana manifestó una curiosidad y sensibilidad grandes hacia los animales. Establecía una diferencia sustancial y plena entre ellos y el hombre, dominador suyo por voluntad divina^{xxvi}: Adán, recuerda Isidoro de Sevilla, *fue el primero que dio nombre a todos los animales, llamando a cada uno por su nombre en conformidad con su naturaleza*^{xxvii}. Pero también se valoraba su mayor proximidad, dentro de la “comunidad de seres vivos”, puesto que tenían *anima* sensitiva y no solo vegetativa [Aristóteles, *De anima*], y abundaron los ejemplos, sobre actitudes de unos u otros animales, que se sugerían a los humanos para que éstos se vieran reflejados en ellas, en algunos aspectos, y eso les llevara a pensar sobre la realidad de los animales y sobre la suya, tan diferentes pero, a veces, tan próximas. “Espejo en el que se mira el hombre mismo en todas sus dimensiones, especialmente en sus límites –escribe Voisenet–... El hombre aprende del animal a descubrirse, a conocerse plenamente, a comprender su destino”^{xxviii}.

San Isidoro debió participar de estas actitudes, si consideramos el esfuerzo de clasificación y la riqueza de detalles que despliega en el Libro XII de las *Etimologías*, titulado “De los animales”, tomando datos de otros autores y añadiendo, probablemente, comentarios procedentes de su propia experiencia. Afirma que *Plinio trae los nombres de ciento cuarenta y cuatro animales, divididos en géneros de bestias, serpientes comunes de tierra y agua, cangrejos, conchas, langostas, pelóridas, pulpos, lenguados, lagartos, calamares y otros semejantes* (XII,VI,63). Él pasa revista, por así decir, a 247, de los que siete u ocho son animales fantásticos y otros 63 no identificables a partir de las descripciones que facilita, aunque todos ellos están encuadrados en su clasificación general junto con los 177 que un lector actual puede identificar sin dificultad. La clasificación, semejante a muchas otras anteriores aunque más afinada en algunos aspectos, no tiene que ver con las propias de la Zoología actual, ni se basa en conocimientos científicos que ésta posee y que se ignoraban en el siglo VII, pero muestra cierta lógica interna, afán de sencillez y un criterio didáctico notable. Distingue entre animales terrestres, serpientes, gusanos, animales acuáticos y voladores, y, dentro de cada categoría, establece grupos atendiendo a criterios de afinidad. He aquí un esquema general:

ANIMALES TERRESTRES [119, de los que seis fantásticos y 32 no identificables]

1. “Ganados y jumentos” [29]. Mamíferos herbívoros y, casi todos, domésticos.
2. “Bestias” o fieras [31]. Mamíferos salvajes o silvestres y carnívoros casi todos, salvo el perro (doméstico) y el elefante, el rinoceronte y los simios (herbívoros).

“SERPIENTES” [32]. Incluye ofidios y saurios, también algún anfibio (salamandra), y los únicos animales fantásticos que Isidoro admite en su clasificación, además del ave fénix: dragones, basiliscos e hidras.

“GUSANOS” [17]. La denominación abarca “gusanos” propiamente dichos, en lenguaje vulgar, y otros invertebrados, terrestres o acuáticos, algunos de ellos parásitos, así como a las sanguijuelas.

ANIMALES ACUÁTICOS:

[54, de los que 19 no identificables]. Peces marinos, en general, algunos con nombres no identificables, pero también mamíferos marinos (ballena, delfín, foca y algunos más agrupados al comienzo del epígrafe, así como el hipopótamo). Cocodrilo del Nilo. Tortugas de cuatro clases. Ranas y otros anfibios. Invertebrados marinos (“conchas y caracoles”, “esponjas”). La heterogeneidad y el déficit de criterio clasificatorio son mayores: no en vano declara Isidoro que los hombres tardaron más en nombrar a los peces que a los animales terrestres porque los conocieron después y poco a poco.

ANIMALES VOLADORES [74, de los que 12 aves no identificables]:

1. [60]. Aves. Identificables, salvo una docena. Sólo incluye un mamífero, el murciélago, sobre el que Isidoro advierte que “es animal semejante al ratón ... volátil y al mismo tiempo cuadrúpedo”.
2. [14]. “Pequeños animales alados”. Insectos.

Así, por ejemplo, la lascivia del chivo, la inmundicia del cerdo, el compañerismo de los bueyes que, cuando muere uno de ellos, *suelen expresar sus sentimiento con frecuentes mugidos*, la docilidad del asno, que *no se resiste nunca y siempre está preparado cuando quiere el hombre*, la memoria e inteligencia del elefante, la ferocidad del lobo, *bestia rapaz y deseosa de sangre*, la astucia del zorro, *fraudulento y de muchas trampas*, el sentimiento maternal de los simios, que *aman mucho a sus hijos y los llevan en sus brazos, y los pequeñuelos no se apartan nunca de su madre*. Las golondrinas cuidan mucho a su prole, y también las cigüeñas, que reciben a su vez los mismos cuidados, por parte de sus descendientes, cuando son ancianas y por el mismo tiempo que ellas emplearon en criarlos; por el contrario, los gavilanes se despegan de ellas en cuanto echan a volar, *obligándoles desde pequeños a la rapiña*. Caso único es el del pelícano, *que vive en la soledad del río Nilo: mata a sus hijos, los llora durante tres días y luego se pica el pecho y con su sangre les da nueva vida*. El erizo tiene la delicadeza de echarse de espaldas sobre los racimos de uvas, pinchar los frutos y *así las presenta a sus hijuelos* para que los coman fácilmente. Y los abejarucos *guardan y alimentan a sus padres* con piedad filial.

Destaca la astucia de la comadreja y del hurón, *oscuro, ladrón, robador*; o bien el pudor, mansedumbre y castidad conyugal de tórtolas y palomas o, por el contrario, las tendencias homosexuales de la perdiz macho *olvidándose de su sexo, empujado por la liviandad*, la suciedad de la abubilla, que vive en la inmundicia, la sociabilidad de los delfines para con los hombres pues *siguen el ruido de las voces humanas ... se congregan al sonido de la música*, la obscenidad de la sepia o jibia. Y, en fin, la laboriosidad de hormigas y abejas en el marco social de sus hormigueros y colmenas.

En otros casos, se describe alguna capacidad o cualidad singular o más llamativa, sin connotaciones morales. Vemos, por ejemplo, a los ciervos cruzando los ríos en cadena, poniendo su cabeza sobre los cuartos traseros del que precede; a la liebre, *ligera de pies*; al veloz dromedario capaz de recorrer más de cien kilómetros al día, o a tigres y leopardos insuperables en distancias cortas. Al elefante, de legendaria longevidad porque puede vivir 300 años, muy útil en la guerra porque puede llevar a lomos grupos de combatientes protegidos en torres de madera. También se da noticia del camaleón -mezcla de camello y león, afirma el autor- que *se adapta al color que ve*, y de los lirones: *el sueño les alimenta ... pasan el invierno durmiendo, quedando inmóviles y como muertos, para despertar en el verano*, y de la musaraña (*mus araneus*), que *con su mordedura mata a la araña*.

Las águilas, de extraordinaria agudeza visual, *miran fijamente los rayos del sol sin cerrar los ojos*. Los buitres poseen gran capacidad para el vuelo en altura y para ventear el olor de los cadáveres. Las grullas vuelan en formación *según el orden de alguna letra* y, por la noche, para no dormirse, se *sostienen sobre una pata y con los dedos de la otra sostienen en alto una piedra*, de modo que, si se adormilan, la piedra cae y su ruido las despierta. Los cisnes poseen un canto suave y dulce gracias a su largo cuello. El loro *tiene facilidad para aprender y retener palabras... por naturaleza sabe saludar, diciendo Ave* [debemos suponer que esto se refiere a los loros latinos]. El ibis del Nilo sabe ducharse tomando agua con el pico y rociándose. Los gansos o ánsares saben vigilar y *sienten el olor del hombre* antes que otros animales: bien lo demostraron los que guardaban el Capitolio de Roma. Los cucos, *así llamados por los hispanos, tienen fama de aprovechados: se comen los huevos que se encuentran en otros nidos y colocan allí los suyos para que se los empollen y críen, y, cuando migran, se montan sobre los milanos y así van grandes distancias*.

La condición venenosa de las serpientes despierta en los hombres un temor general, y el texto abunda en menciones a diversas maneras de envenenamiento: el *áspid infunde y esparce veneno*, y el de una de sus variedades, la seps, consume o disuelve carne y huesos; la *natrix* envenena aguas y fuentes; el veneno de la salamandra puede infectar los frutos de un árbol o las aguas de un pozo, etc. De las serpientes, concluye, *se puede decir que hay tantos venenos como géneros, tantas desgracias como especies, tantos dolores como colores. Son frías, solo atacan con el calor, nos sobrepujan por la vivacidad de los sentidos ... Si se ha de creer a Plinio, la serpiente conserva la vida mientras conserve la cabeza y dos dedos del cuerpo incólumes*.

Destacan, en el mundo marino, las ballenas porque son *bestias marinas de inmensa magnitud* cuyo cuerpo es *como una montaña*. Los delfines, *veloces y saltarines*. El pulpo, *pez ingenioso ... coge con sus brazos el cebo, no con la boca, y no lo suelta hasta que no se lo ha comido todo*. Los cangrejos son conchas que tienen patas y se valen de trucos para comer la carne de las ostras, pero Isidoro no repara en que anden hacia atrás sino que solo indica esta peculiaridad en los grillos. Las ranas, *así llamadas porque son gárrulas, y en el tiempo del celo estremecen las lagunas con sus clamores importunos*, capacidad de molestar que comparten con los grajos, *un género de ave muy locuaz e importuna en sus voces*.

Hay, también, explicaciones notables sobre algunas formas extrañas de generación o nacimiento propias de algunos animales. Las panteras solo paren una vez porque los cachorros emplean sus garras para romper el útero de la madre y salir antes. También son de un solo parto los linceos, y los elefantes también: la gestación dura dos años, un solo parto y un solo vástago. Las osas, por el contrario, solo gestan durante treinta días y luego acaban de dar forma a los oseznos lamiéndolos. Las palomas conciben mediante el *beso del amor*. Los viboreznos nacen en completa orfandad, porque su progenitor fecunda a la hembra metiendo la cabeza en su boca para depositar el semen y ella, *con el nerviosismo del acto*, se la corta, pero, a su vez, muere porque las crías corroen su cuerpo para nacer antes. Pitágoras afirmó que *la serpiente se forma de la médula del hombre muerto*,

médula que está en la espina dorsal ... lo cual, si es verdad, no está mal, ya que por la serpiente vino la muerte al hombre, así también por la muerte del hombre venga la serpiente. Hay peces que nacen de huevos expulsados por la hembra y fecundados a continuación por el macho que nada a su lado o tras ella. Los gusanos y algunos otros pequeños animales nacen de la carne o de la madera o de cualquier otra cosa terrena, sin concurso de otro congénere, aun cuando algunos nazcan de huevo, como el escorpión, aunque en otro capítulo afirma que nace del cangrejo (XI.IV: *De los transformados*); entrando en detalles -según el ejemplo de Ovidio en las *Metamorfosis*- se dice que las abejas nacen del cadáver de los bueyes o de los becerros, los zánganos y las langostas de los mulos, los tábanos y los escarabajos de los caballos, las avispas de los burros, los gusanos de las mariposas del estiércol, las cigarras *del esputo del cuclillo*, y los mosquitos del vino.

Por lo demás, Isidoro concede poco espacio a otras fabulaciones y no expresa criterios de jerarquización aplicados a los animales. Es cierto que sitúa al león, al dragón y al águila al comienzo de los capítulos dedicados a las fieras, las serpientes y las aves, pero no menciona un “rey de los animales”, o varios según especies, ni el supuesto descenso de otros en la jerarquía animal -el oso, por ejemplo, animal preeminente en el mundo germánico^{xxix}-, y mucho menos hay lugar en su escrito para invenciones literarias sobre supuestas sociedades que parodian a la humana, formadas por animales de diversas especies, cada cual con su rango y características, como lo sería, muchos siglos después, el *Roman de renart*^{xxx}. Ni siquiera se detiene en la descripción del orden social de las hormigas o de las abejas, tan comentado por otros autores, en especial por Tomás de Cantimpré a mediados del siglo XIII. En estos aspectos, Isidoro no parece haber participado en la creación o reorganización del “sistema de representación” del mundo animal que se observa en muchos textos medievales.

Algunas de sus descripciones evidencian aprecio, admiración o asombro hacia ciertos animales, por ejemplo las del caballo, perro, león, rinoceronte, cocodrilo, hipopótamo, cigüeña y golondrina:

Caballo

“La vivacidad del caballo es mucha; se alegra en los campos; husmea la guerra; el sonido de la trompeta le excita para la batalla; la voz del que lo monta le provoca a la carrera; se duele cuando es vencido y se alegra cuando vence. Algunos parecen conocer al enemigo en la batalla, hasta el punto de morder al adversario. Conocen a sus amos y pierden su mansedumbre si se les muda el dueño, no admitiendo sobre su dorso otro que no sea su propio amo, y a la muerte de éste muchos derraman lágrimas. Solamente del caballo es derramar lágrimas por el hombre y sentir afecto de dolor... A cuatro cosas hay que atender en un caballo bueno, a saber: forma, belleza, mérito y color [explicación detallada de estos elementos]... Tres son las clases de caballos: unos de casta, que son aptos para la guerra y la carga; otros vulgares y gre-

garios, aptos para tirar de carros y no para montarlos; y otros, tercero, nacidos de la mezcla de diversos géneros, y se llaman *bigeneres* (híbridos) como el mulo”.

Perro

“No hay animal más sagaz que el perro, pues tiene el sentido más desarrollado que los demás animales. Conocen su nombre, defienden la casa, aman a sus amos, se exponen a la muerte por ellos y con ellos voluntariamente corren a la caza, y no abandonan el cuerpo de su amo muerto; este ejemplo no se da fuera de los hombres. En los perros hay que considerar dos cosas: la fortaleza y la velocidad”.

León

“El león es benigno para el hombre, y la presencia de éste, a menos que esté herido, no le enfurece. Su misericordia está patente en muchos ejemplos: perdona a los caídos, deja que se marchen sus cautivos y no ataca al hombre sino cuando tiene mucha hambre”.

Rinoceronte

“Se le dice también *monocero o unicornio* porque tiene un cuerno en la frente de cuatro pies de longitud, tan agudo y fuerte que perfora o rompe lo que con él ataca ... Es de tanta fiereza que no pueden cazarlo los cazadores, y dicen los que escriben sobre la naturaleza de los animales que le ponen delante una joven, que descubre su seno al verlo venir, y de esta manera el animal depone su fiereza y descansa su cabeza en la joven, y así le pueden coger los cazadores”.

Cocodrilo

“Se cría en el Nilo. Es animal cuadrúpedo en la tierra y muy poderoso en el agua, de unos veinte codos de longitud, terriblemente armado con dientes y uñas, y es tanta la dureza del dorso que no siente el golpe de una piedra tirada con toda la fuerza”.

Hipopótamo

“Así llamado porque es semejante al caballo en su dorso, en las crines y en el relincho; tiene el rostro levantado, dientes de jabalí, cola retorcida, y de día vive en el agua y de noche sale; se alimenta de hierbas y vive a orillas del Nilo”.

Cigüeña

“Estos animales son nuncios de la primavera, amantes de la sociedad, enemigos de la serpiente. Atraviesan los mares y emigran al Asia reuniéndose en bandadas. Le preceden como jefes las cornejas, siguiendo las cigüeñas como si fuera un ejército”.

Golondrina

“No toma la comida en el suelo, sino en el aire; es ave gárrula; vuela describiendo círculos y líneas tortuosas; es muy hábil en construir sus nidos y para educar a sus polluelos; tiene cierto conocimiento de la variación del tiempo; no apetece las alturas, no la atacan otras aves, ni es presa de ellas. Traspasa los mares para pasar el invierno”.

Isidoro incluye algunos detalles sobre los agüeros, hechos a partir del vuelo de las aves, para mostrar su total rechazo a aquellas supersticiones. Los augures, escribe, observan a las aves *en su gesto, en su movimiento, en su vuelo y en su voz*: las aves *oscines* auguran con su voz o canto (cuervo, corneja, pico verde); las aves *alites* auguran con su vuelo; las aves de augurio *común* los hacen por su vuelo y por su voz, *pero no se deben creer estos augurios. Entre las aves supuestamente agoreras destacan el búbo, ave de mal agüero ... portador del mal, pues cuando se le ve en los pueblos significa la soledad, y, especialmente, la corneja, ave de larga vida:*

“Según los augures, pone de manifiesto las preocupaciones humanas, señala las asechanzas de los enemigos y predice las cosas futuras. Pero creer esto es un gran delito, como si Dios hiciera participante a las cornejas de sus designios. Entre otros muchos auspicios se atribuye a este ave el predecir con sus voces la lluvia.”

La creencia, sin embargo, estaba muy extendida y continuó viva durante siglos. Recordemos, por ejemplo, los conocidos versos del *Poema de Mío Cid*, cuando el protagonista intuye su inmediato destierro:

Allí piensan de aguijar, allí sueltan las riendas.
A la exida de Bivar ovieron corneja a diestra,
Y entrando a Burgos oviéronla siniestra.
Mejó Mío Cid los hombros y engrameó la tiesta:
- “Albricia, Álbar Fáñez, ca echado somos de tierra”.

** ** *

Se ha escrito que la “zoología de libro” no se preocupaba tanto de la realidad como de la simbología o analogía moral que podía derivarse de la reflexión sobre los animales y sus conductas. “La zoología escrita de aquella época -opina C.S. Lewis- es principalmente un conjunto de historias fantásticas sobre criaturas que los autores nunca habían visto y que en muchos casos nunca habían existido ... Generalmente, lo que hacen es transmitir lo que recibieron de los antiguos ...”: Aristóteles, Plinio *el Viejo*, Claudio Eliano, autor de un tratado sobre la naturaleza de los animales, y Solino^{xxxii}”. Desde siglos antes, había florecido una literatura en griego dedicada a exponer “curiosidades geográficas, zoo- y etnológicas” en forma anovelada o de fantasía, incluyendo monstruos y otros seres fantásticos (vg. el *Liber monstruorum de diversis generibus*, compuesto tal vez en el siglo VI), literatura que era reflejo o consecuencia de la atención prestada en Grecia y Roma al mundo animal en relación con “muchas de sus creencias fundamentales: religiosas, cosmológicas, morales y políticas”^{xxxiii}.

A partir del siglo V, “hay noticia de otras compilaciones que, de alguna manera, reflejaban el segundo elemento característico del bestiario: la interpretación de las propiedades del animal sobre la base de módulos figurativo-teológicos y moral-prácticos, fundados sobre la exégesis bíblica”^{xxxiv}. El modelo principal de aquella “zoología cristiana” fue el *Physiologus* [“el naturalista”], en cuyas descripciones importa más “la intencionalidad alegórica y teológica ... que el discurso ‘científico’ de origen clásico... El mundo animal [se representa] como un libro abierto y vivo de la Revelación. El animal, en cierta medida, se hace incorpóreo para convertirse en un sencillo signo de Dios que el cristiano debe aprender a descifrar ... no es percibido como un objeto de saber sino como un medio de salvación”^{xxxv}. El libro fue escrito en Alejandría, probablemente a finales del siglo II y, según algunos autores, en su versión primitiva no incorporaba aún las consideraciones simbólico-religiosas que forman parte de las siguientes y conocidas, en traducciones al siríaco, al etíope, al armenio y al latín a finales del IV aunque los manuscritos más antiguos conocidos datan del VIII^{xxxvi}.

Esta *mystica explanatio* se encuentra ya, por ejemplo, en los comentarios alegóricos sobre animales y otros hechos naturales en el *Exameron* de San Ambrosio, o en las *Instrucciones* de Eucherio de Lyon (s. V), y en el *De rerum naturis* de Rabano Mauro, ya en el siglo IX.

Pero Isidoro de Sevilla “no saca consecuencias morales de sus animales ni les da interpretaciones alegóricas”. Es probable que no conociera el *Physiologus*, cuya primera versión latina conocida es el *Physiologus Bernensis* del segundo tercio del siglo IX^{xxxvii}, aunque la versión más difundida de la obra data del siglo XII. Sea como fuere, una somera comparación entre el texto de Isidoro y los de Bestiarios de los siglos XII y XIII muestra muchas semejanzas pero también abundantes diferencias^{xxxviii}, debidas principalmente a que nuestro autor forma parte de otra tradición de escritos sobre animales, distinta al *Physiologus*, y enraíza principalmente en Plinio el Viejo, por lo que es preciso rastrear de qué autor toma cada una de sus descripciones para determinar si añade algo propio u

original en alguna de ellas. Sea como fuere, las *Etimologías* mantuvieron su influencia directa durante muchos siglos: así, por ejemplo, Bartolomé Ánglico, a mediados del XIII, en su enciclopedia titulada *De proprietatis rerum*, sigue a Plinio e Isidoro, mostrando así “una percepción puramente erudita y libresca del mundo natural, ajena a cualquier aproximación empírica”^{xxxix}.

4. *Liber monstruorum de diversis generibus*

La aceptación de lo maravilloso formó parte esencial de la visión del mundo en la Edad Media europea y también en la islámica^{xl}: “en la época no existe una preocupación constante por diferenciar lo real de lo irreal ... La distinción real-irreal no ofrece un especial interés. Las maravillas son la ocasión para apercibirse de una acción y de una presencia más manifiesta de lo sagrado pues, para la mentalidad arcaica ‘lo sagrado es lo real por excelencia’ (Mircea Eliade). ... Los confines entre la realidad y la fábula, entre la norma y el milagro eran fluctuantes y a veces inexistentes ...; descubrir no significaba solamente encontrar cosas nuevas, sino en primer lugar reconocer en la realidad aquello que la imaginación y una fe tradicional daban por existente ... El mito y la realidad no son categorías antagónicas”^{xli}.

Lo maravilloso se consideraba natural aunque raro, ni milagroso-sobrenatural, ni mágico-diabólico, de modo que formaba parte de este mundo: *llamamos maravillas a cosas que no se sujetan a nuestro conocimiento, aunque son naturales*, escribía Gervais de Tilbury hacia 1210 en sus *Otia imperialia*, lo mismo que ya había afirmado San Isidoro, siete siglos antes: *los portentos no son contra la naturaleza, sino contra la naturaleza conocida ... porque se hacen por voluntad divina, y la naturaleza de cada cosa creada es la voluntad del Creador sobre ella*^{xlii}.

Entre los “dominios de lo maravilloso”, de los *mirabilia* o maravillas de la naturaleza que Le Goff enumera^{xliii}, junto a relatos míticos sobre los orígenes de reinos y linajes, y a objetos de diverso tipo, destacan por su importancia y número los lugares y países extraordinarios, y los monstruos y prodigios humanos, animales, vegetales e incluso minerales. Por eso tiene cabida en las *Etimologías* una amplia colección de monstruos, en la que casi todos sus epígrafes incluyen expresiones como “se dice”, “se describe”, “se habla también”, “dicen igualmente”, con las que Isidoro advierte que no son fruto de su invención y nada añade a lo que ha leído en otros autores.

Algunos humanoides tienen extrañas deformaciones o elementos anatómicos que son señal de su monstruosidad: gigantes o *macrobios* y pigmeos; *cíclopes* con un solo ojo en medio de la frente; *blemnyas*, acéfalas, con los ojos y la boca en el pecho; *panotios* de enormes orejas que pueden cubrir todo su cuerpo; veloces *sciópodos* que, acostados, *se dan sombra con la planta de los pies, por la excesiva longitud de los mismos*; *artabatitas*, *siempre inclinados al andar, a manera de bestias*. Y otros sin narices, o con boca muy pequeña, por lo que han de absorber el alimento ayudándose de una paja, o con labio inferior tan grande que pueden cubrirse con él su rostro, o deslenguados, que se comunican mediante señales. *Se habla también de unos hombres silvestres a quienes algunos llaman faunos*.

Habría monstruos con partes humanas en su anatomía, como los *cinocéfalos*, a los que considera uno de los *cinco géneros* de simios: *son monos-escribe- con cabeza como de perro*, y de aquí su nombre, aunque en otro momento añade que *en su mismo ladrar manifestaban tener más de bestia que de hombre*, y los sitúa en la India, que era el lugar predilecto de los europeos medievales para situar *mirabilia*, junto con Etiopía, Libia y, en general, Oriente. Sin embargo, *Scyla*, mujer con cabeza de perro, vive cerca del Estrecho de Sicilia. Los sátiros son hombres pequeños, de nariz curva, cuerno en la frente y piernas de macho cabrío. Los *hipópodes*, de Scitia, tienen forma humana y pies de caballo, pero no hay que confundirlos con los *centauros* o *hipocentauros*, que tienen *medio cuerpo de hombre y medio de caballo*, o con sus parientes los *onocentauros*, mitad hombre y mitad asno. El minotauro, según escribió Ovidio, es *un hombre medio toro o un toro medio hombre*. Forman parte del sexo femenino las *gorgonas*, tres hermanas meretrices que *tenían cabello de serpiente y convertían en piedras a quienes las miraban*. Y de las *sirenas*, que Isidoro figura como mujer-pájaro y no como mujer-pezu,

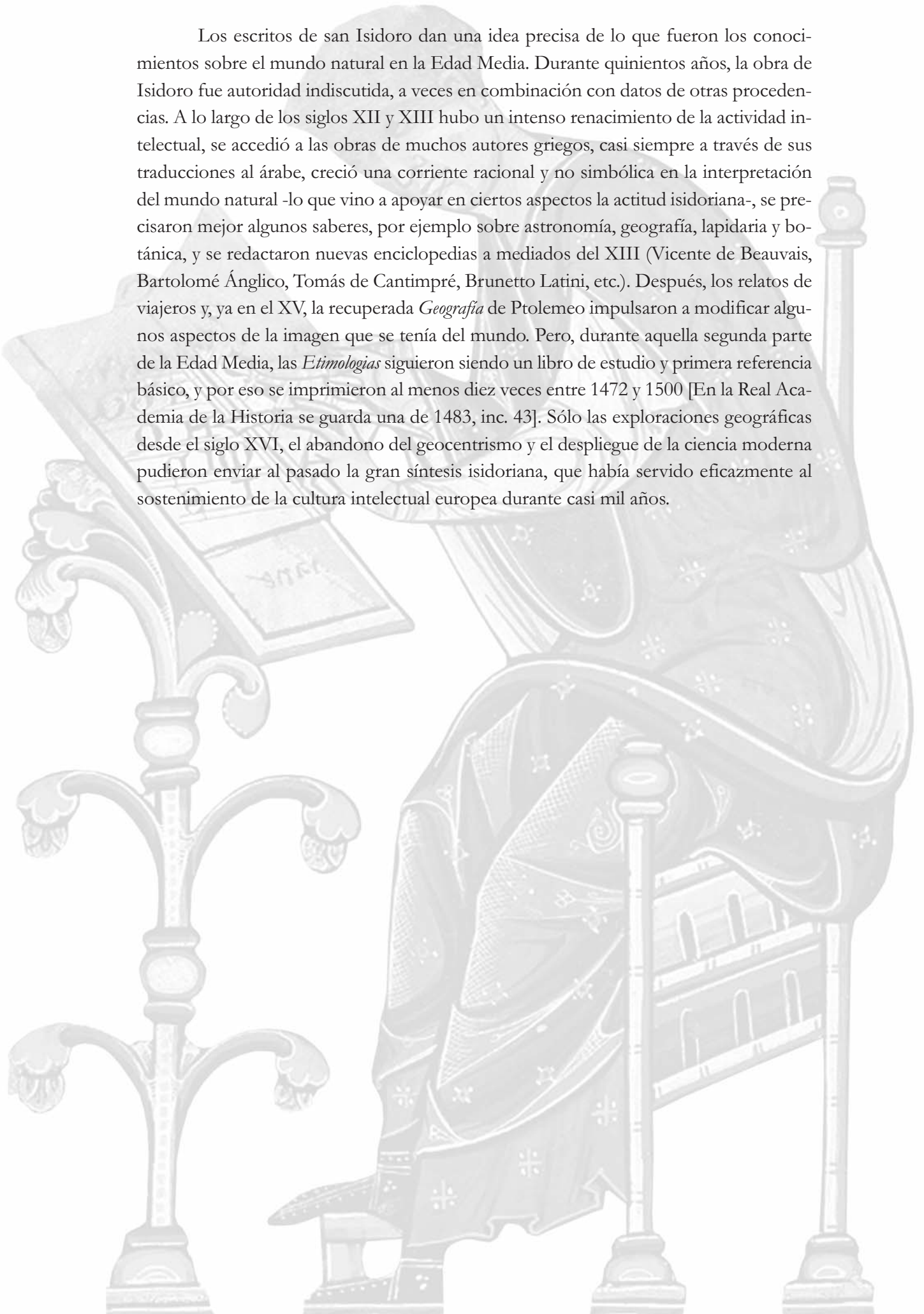
“se dice que son tres, en parte mujer y en parte ave, con alas y uñas, y cantaba una con su voz, y las demás con flauta y lira, y de esta manera atraían a los incautos navegantes, que se estrellaban contra las rocas. Según la verdad, las sirenas eran meretrices, y los navegantes que pasaban por allí, impelidos a gastarse lo que llevaban, tenían después que fingir un naufragio”.

El escepticismo isidoriano se *extiende a la existencia de animales irracionales, como es Cerbero, el perro del infierno, que tiene tres cabezas, significando las tres edades en las cuales la muerte devora al hombre, a saber la infancia, la juventud y la ancianidad*. O bien la *quimera, con boca de león, cuerpo de cabra y extremidades de dragón*, porque en realidad, afirma, es un monte de Cilicia poblado por leones, cabras y serpientes. Por el contrario, nuestro autor presenta como ciertos y reales, al *grifo, alado, cuadrúpedo, cuerpo de león, alas y rostro de águila*, despedazador de hombres; al *dragón, la mayor de las serpientes y de todos los animales de la tierra*, ser alado que habita en cuevas, *con cresta, boca pequeña, conductos estrechos por los cuales respira y saca la lengua*. Su fuerza no está en sus dientes, sino en su cola, y más es de temer por ésta que por aquellos. También serían reales el *basilisco, reina de las serpientes ... las mata con su aliento y al hombre con su vista...*, o, si es *sibilus, con su silbido mata antes que muerde*, y la *hydra*, serpiente o dragón acuático, de nueve cabezas a la que, si se cortaba una, nacían tres más.

El *ave fénix*, que vive en Arabia y alcanza una longevidad de quinientos años o más, es maravilla por un motivo menos pavoroso: *cuando se ve anciana, reuniendo ramitas de plantas aromáticas, forma una pira, y puesta sobre ella, mirando los rayos del sol, fomenta el fuego con el movimiento de sus alas; se consume y sale viva de nuevo de sus cenizas*.

** ** *

Los escritos de san Isidoro dan una idea precisa de lo que fueron los conocimientos sobre el mundo natural en la Edad Media. Durante quinientos años, la obra de Isidoro fue autoridad indiscutida, a veces en combinación con datos de otras procedencias. A lo largo de los siglos XII y XIII hubo un intenso renacimiento de la actividad intelectual, se accedió a las obras de muchos autores griegos, casi siempre a través de sus traducciones al árabe, creció una corriente racional y no simbólica en la interpretación del mundo natural -lo que vino a apoyar en ciertos aspectos la actitud isidoriana-, se precisaron mejor algunos saberes, por ejemplo sobre astronomía, geografía, lapidaria y botánica, y se redactaron nuevas enciclopedias a mediados del XIII (Vicente de Beauvais, Bartolomé Ánglico, Tomás de Cantimpré, Brunetto Latini, etc.). Después, los relatos de viajeros y, ya en el XV, la recuperada *Geografía* de Ptolomeo impulsaron a modificar algunos aspectos de la imagen que se tenía del mundo. Pero, durante aquella segunda parte de la Edad Media, las *Etimologías* siguieron siendo un libro de estudio y primera referencia básico, y por eso se imprimieron al menos diez veces entre 1472 y 1500 [En la Real Academia de la Historia se guarda una de 1483, inc. 43]. Sólo las exploraciones geográficas desde el siglo XVI, el abandono del geocentrismo y el despliegue de la ciencia moderna pudieron enviar al pasado la gran síntesis isidoriana, que había servido eficazmente al sostenimiento de la cultura intelectual europea durante casi mil años.



Notas al texto (1 a 43):

ⁱ ISIDORO DE SEVILLA, *Etimologías*. Versión castellana por Luis CORTÉS Y GÓN-GORA. Introducción general e índices por Santiago MONTERO DÍAZ, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 1951; *Etimologías*. Texto latino, versión española y notas por José OROZ RETA y Manuel MARCOS CASQUERO. Introducción por Manuel DÍAZ Y DÍAZ, Madrid, B.A.C., 2004, 1484 p. ISIDORE DE SEVILLE, *Traité de la Nature*, edité par Jacques FONTAINE, París, C.N.R.S., 1960. Útil introducción al personaje y su tiempo en Jacques FONTAINE, *Isidore de Seville: génesis y originalidad de la cultura hispánica en tiempos de los visigodos*, Madrid, Encuentro, 2002.

ⁱⁱ Jacques FONTAINE, *Isidore de Seville et la culture classique dans l'Espagne wisigothique*, Paris, Études Augustiniennes, 1959, “Quatrième Partie: Regain de l'astronomie”, pp. 453-589 [2ª ed., París, Études Augustiniennes, 1983, 3 vol. V. 3: Notes complémentaires et supplément bibliographique]. *Isidore de Seville, Traité de la Nature*, edité par Jacques FONTAINE, París, C.N.R.S., 1960 (Isidoro concluyó este libro en el año 613). M. C. DÍAZ Y DÍAZ, “Sobre el *Liber de ordine creaturarum*”, en *Ibid.*, ed. lit., *Isidoriana. Colección de estudios sobre S. Isidoro de Sevilla, publicados en ocasión del XIV Centenario de su nacimiento*, León, Centro de Estudios San Isidoro, 1961, pp. 147-166

ⁱⁱⁱ Me refiero a autores que escribieron en árabe, entre los siglos VIII y XII, en el marco de la cultura del mundo islámico. Básico, Julio SAMSÓ, *On Both Sides of the Strait of Gibraltar. Studies in the History of Medieval Astronomy in the Iberian Peninsula and the Maghrib*, Leiden / Boston, Brill, 2020, 1005 p. donde revisa y amplía todos sus estudios anteriores. Pierre DUHEM, *LE système du monde. Histoire des doctrines cosmologiques de Platon à Copernic*, París, Hermann, 1913-1959, 10 vol. Traducción de algunos de sus contenidos principales en *Medieval Cosmology. Theories of Infinity, Place, Time, Void, and the Plurality of the Worlds*, por Roger ARIEW, Chicago, University of Chicago Press, 1985. Otro gran libro básico, que estudia por temas los principales saberes y preguntas sobre el cosmos entre 1200 y 1687, contrastando los diversos autores y sus escritos, es el de Edward GRANT, *Planets, Stars and Orbs. The Medieval Cosmos, 1200-1687*, Cambridge, Cambridge University Press, 1994. José María TORROJA MENÉNDEZ, *El sistema del mundo desde la Antigüedad hasta Alfonso X el sabio*. Madrid, Instituto de España, 1980.

^{iv} Paul GALLEZ, “La esfericidad de la Tierra según San Agustín y san Alberto Magno”, en su *Protocartografía y exploraciones*, Bahía Blanca, Instituto Patagónico, 1999, p. 10-18. Rudolf SIMEK, “Sphère ou disque? La forme de la Terre”, *Dossier pour la science*, 37 (2003), p. 32-36. Anna-Dorothee VON DEN BRINCKEN, “Mundus Figura Rotunda”, en *Ornamenta Ecclesiae. Kunst und Künstler der Romanik in Köln*, A. Legner, ed., Colina, Das Museum, 1985, I, p. 99-106. Agostino PARAVICINI BAGLIANI, “La sfericità della terra nel medioevo”, en *Cristóforo Colombo e l'apertura degli spazi*, G. Cavallo, ed., Roma, 1992, I, p. 65-79.

^v En algunos autores, el reparto ofrece algunas variantes: la cáscara es el cielo, la membrana en parte el éter y en parte el aire, que es también gran parte de la clara, mientras que la yema equivale al agua y la gota de grasa en su centro a la tierra. Cfr. Rudolf SIMEK, *Heaven and Earth in the Middle Ages. The Physical World before Columbus*. Woodbridge, The Boydell Press, 1996, capítulo Segundo.

^{vi} P.-A. FEVRIER, “Les quatre fleuves du paradis”, *Rivista di archeologia cristiana*, 32 (1956), 189-199.

^{vii} Antonio T. REGUERA RODRÍGUEZ, *La medida de la Tierra en la Antigüedad*, León, Universidad, 2015, p. 270-292: “La banalización del saber geográfico”. Isidoro de Sevilla mezcló datos de diversos autores como Plinio, Solino y Macrobio.

^{viii} Obra de referencia básica: Christiane DELUZ, “Une image du monde. La géographie dans l’Occident medieval”, en *La Terre. Connaissance, représentations, mesure au moyen âge*, dir. Patrick GAUTIER-DALCHÉ, Brepols, Turnhout, 2013, p. 15-158. También, Patrick GAUTIER-DALCHÉ, “Sur l’ “originalité” de la “géographie” médiévale”, en su libro *L’espace géographique au Moyen Âge, Florencia, Sismel*, 2013, p. 43 y ss., y “La Terre dans le cosmos”, en *La Terre. Connaissance, représentations, mesure au Moyen Âge*, Tournhout, Brepols, 2013, p. 161. Anna-Dorothee VON DEN BRINCKEN, “Weltbild der lateinischen Universalhistoriker und-Kartographen”, en *Popoli e paesi nella cultura altomedievale*, Spoleto, Centro italiano di studio sull’alto medioevo, 1983, I, p. 377-408. Natalia LOZOVSKY, *The earth is our book. Geographical knowledge in the Latin West ca.400-1000*, Ann Arbor, The University of Michigan Press, 2000.

^{ix} Hay una edición reciente del Libro XIII: ISIDORUS HISPALENSIS, *Etymologiae*. XIII. *De mudo et partibus*, ed. y com. de G. Gasparotto, Paris, Les Belles Lettres, 2004. La obra titulada Semeiança del mundo, escrita c. 1223, sigue a Isidoro como fuente principal, completado con Honorius Augustodunensis: *Semeiança del mundo. A Medieval Description of the World*, ed. William E. Bull y Harry F. Williams, Berkeley-Los Ángeles, University of California, 1959. También, Wesley M. STEVENS, “The Figure of the Earth in Isidore’s ‘De Natura Rerum’”, *Isis*, 71 (1980), 268-277.

^x William D. MCCREADY, “Isidore, the Antipodeans and the Shape of the Earth”, *Isis*, 87/1 (1996), 108-127. Autores posteriores: John CAREY, “Ireland and the Antipodes: The Heterodoxy of Virgil of Salzburg”, *Speculum*, 64 (1989), 1-10. Sobre su supuesta condena por el papa Zacarías, véase Patrick GAUTIER-DALCHÉ, “A propos des antipodes: note sur un critère d’authenticité de la *Vita Constantini slavonne*”, en su recopilación *Géographie et culture. La représentation de l’espace du VIe au XIIe siècle*, Ashgate, Variorum, 1997. La condena, si existió, se referiría a la existencia de hombres, no a la de una parte del mundo esférico antípoda con respecto al hemisferio norte. Patrick GAUTIER-DALCHÉ, “Entre le folklore et la science: La légende des antipodes

chez Giraud de Cambrai et Gervais de Tilbury”, en *La leyenda: antropología, historia, literatura*, Madrid, Casa de Velázquez-Universidad Complutense, 1989, p. 103-114, y “Le renouvellement de la perception et de la représentation de l’espace au XIIIe siècle” en su *L’espace géographique au Moyen Âge...*, 2013, pp. 315-321.

^{xi} Etim., XIV: V.17 y XI: III.24.

^{xiii} Jean DELUMEAU, *Une histoire du Paradis. Le Jardin des délices*, París, Fayard, 1992 (libro fundamental, que estudia con detalle todos los autores y textos antiguos y medievales). Alessandro SCAFI, *Mapping paradise. A History of Heaven on Earth in the Western tradition*, Londres, The British Library, 2006. Alastair MINNIS, *From Eden to Eternity. Creations of Paradise in the Later Middle Ages*, Philadelphia, University of Pennsylvania Press, 2016. El clásico Arturo GRAF, “El mito del Paraíso terrestre” en *Miti, leggende e superstizioni del Medio Evo*, Turín, 1893, p. 1-175 (ed. Milán, 1984). R. R. GRIMM, *Paradisus Caelestis, Paradisus Terrestris*, Munich, Fink, 1977. Muchos datos y resumen de relatos en Howard Rollin PATCH, *El otro mundo en la literatura medieval*, México, Fondo de Cultura Económica, 1956, [V. Viajes al Paraíso]. Observaciones de interés en Frank E. MANUEL y Fritzie P. MANUEL, *El pensamiento utópico en el mundo medieval. I. Antecedentes y nacimiento de la utopía (hasta el siglo XVI)* Madrid, Taurus, 1981, capítulos sobre “Las aportaciones medievales a lo utópico: el Paraíso y el Milenio” y “La Edad de Oro de Cronos”.

^{xiii} Añadamos el lago Averno, en Campania, de cuyas aguas emanaba un insufrible hedor sulfúreo, según explica en el Libro XIII, al tratar sobre las aguas.

^{xiv} Jacques LE GOFF, “L’Occident médiéval et l’océan Indien: un horizon onirique” in *Pour une autre moyen âge: temps, travail et culture en Occident*, París, Gallimard, 1977, p. 280-298 (ed. en español, Madrid, Taurus, 1983, p. 264-281).

^{xv} La identificación con Ceilán está clara en Ptolomeo pero muchos autores y mapas medievales se limitaron a situar Taprobana en el límite S. del ecumene conocido. Incluso se traspasó el nombre a Sumatra en algunos mapas del siglo XVI: Marie-Thérèse GAMBIN, “L’île Taprobane: problèmes de cartographie dans l’Océan Indien”, en *Géographie du monde au Moyen Âge et à la Renaissance*, ed. Monique Pelletier, París, C.T.H.S., 1989, p. 191-200.

^{xvi} Juan GIL, “Las islas de La India”, *Cuadernos del Cemyr* (Universidad de La Laguna), 3 (1995), 157-176. Juan GIL, *La India y el Catay. Textos de la Antigüedad clásica y del Medievo occidental*, Madrid, Alianza Editorial, 1995.

^{xvii} Maxim P.A.M. KERKHOFF, “Sobre medicina y magia en la España de los siglos XIII-XV”, en *Ciencia y magia en la Edad Media. Cuadernos del CEMYR*, 8. Universidad de La Laguna, 2000, pp. 177-197.

^{xviii} Edición y un primer estudio en Léopold PANNIER, *Les lapidaires français du Moyen Âge des XIIe, XIIIe et XIVe siècles*, Paris, 1882 (reimpresión, Ginebra, Slatkine Reprints, 1973). *Marbode of Rennes (1035-1123) "De lapidibus". Considered as Medical Treatise*, C. W. KING, John M. RIDDLE [comentario y traducciones], Wiesbaden, Franz Steiner Verlag, 1977.

^{xix} Un ejemplo en María Ester HERRERA, “La historia del Diamante desde Plinio a Bartolomé el Inglés”, in *Comprendre et maîtriser la nature au moyen âge. Mélanges d'histoire des sciences offerts à Guy Beaujoan*, Ginebra, Droz, 1994, pp. 139-154.

^{xx} *Lapidario*. Texto íntegro en versión de María BREY MARIÑO, Madrid, Editorial Castalia, 1970. Ana DOMÍNGUEZ RODRÍGUEZ, *Astrología y arte en el Lapidario de Alfonso X el Sabio*, Murcia, Real Academia Alfonso X el Sabio, 2007 (y en Madrid, Edilán, 1982, edición facsímil del Lapidario).

^{xxi} *Éxodo*, 28, 6-30: “Así llevará Aarón constantemente sobre su corazón, delante de Yahvéh, el oráculo de los hijos de Israel”.

^{xxii} PANNIER, o.c., p. 223-225, considera como texto inicial un *Libellus de Corona Virginis* atribuido a San Ildefonso sin fundamento.

^{xxiii} Etlvina FERNÁNDEZ GONZÁLEZ, “Magia y medicina en el mundo medieval a través de las imágenes”, en *Ciencia y magia en la Edad Media. Cuadernos del CEMYR*, 8. Universidad de La Laguna, 2000, pp. 73-128.

^{xxvi} DIOSCÓRIDES, *Plantas y remedios medicinales (De materia medica)*, Libros I-III. Introducción, traducción y notas de Manuela GARCÍA VALDÉS, Madrid, Gredos, 1998. La parte dedicada a remedios animales, contenida en el Libro Segundo del *De materia medica*, editada por Carlos FERRÁNDIZ MADRIGAL, *Bestiario de Dioscorides*, Madrid, Medusa Ediciones, 2001.

^{xxv} *Macer Floridus*. Edición facsímil del herbario médico medieval de la Real Colegiata de San Isidoro, de León. Traducción y estudio por Pedro CABELLO DE LA TORRE, León, Universidad de León, 1990.

^{xxvi} *Génesis*, 1,26: “Dijo Dios: “Hagamos el hombre a imagen nuestra, según nuestra semejanza, y domine en los peces del mar, en las aves del cielo, en los ganados y en todas las alimañas, y en toda sierpe que serpea sobre la tierra”.

^{xxvii} *Etim.* Libro XII, I,1. Parafraseando a *Genesis*, 2,20: “El hombre puso nombre todos los ganados, a las aves del cielo y a todos los animales del campo”.

^{xxviii} Jacques VOISENET, *Bêtes et hommes dans le monde médiéval. Le bestiaire des clercs du Ve au XIIIe siècle*, Brepols, Tournhout, 2000 [libro fundamental], y *Bestiaire chrétien. L'imagerie animale des auteurs du Haut Moyen Âge* (Ve-XIe s.), Toulouse, Presses Universitaires du Mirail, 1994. Ideas de Guillermo de Auvernia al respecto en Franco MORENZONI, "Le monde animal dans le *De universo creaturarum* de Guillaume d'Auvergne", in *Il mondo animale, Micrologus*, VIII, Florencia, Sismel, Ed. del Galluzzo, 2000, pp. 197-216, y las de Alberto Magno en Guy GULDENTOPS, "Albert he Great's zoological anthropocentrism", *Ibidem*, pp. 217-235. Véase también las interesantes reflexiones y referencias de Maria Fernanda FERRINI EN su introducción y traducción de ARISTOTELE, *Fisiognomica*, Milán, Bompiani, 2007, pp. 59-81.

^{xxix} Michel PASTOUREAU, *L'ours. Histoire d'un roi déchu*, París, Seuil, 2007 (traducción al español, *El oso*, ed. Paidós). Corinne BECK, "Approches du traitement de l'animal chez les encyclopédistes du XIIIe siècle. L'exemple de l'ours", in *L'enciclopedia medievale*, ed. M. PICONE, Ravenna, 1994.

^{xxx} Sobre el *Roman de Renard*, Michel ZINK, "Le monde animal et ses représentations dans la littérature française du Moyen Âge", in *Le monde animal et ses représentations au Moyen-Âge*, Toulouse, Université de Toulouse-Le Mirail, 1985, pp. 47-71. Dolores-Carmen MORALES MUÑIZ, "Leones y águilas. Política y sociedad medieval a través de los símbolos faunísticos", in García Huerta y Ruiz Gómez, (eds.), *Animales simbólicos en la Historia. Desde la Protohistoria hasta el final de la Edad Media*, Madrid, Síntesis, 2012, pp. 207-229. David NOGALES RINCÓN, "El reino animal como gobierno utópico en la Castilla bajomedieval (siglos XIII-XV)", in *Medievo utópico. Sueños, ideales y utopías en el imaginario medieval*, M. Alvira Cabrer y J. Díaz Ibáñez, eds., Madrid, Silex, 2011, pp.67-86.

^{xxxi} Nadia POLLINI, "Les propriétés des abeilles dans le *Bonum universale de apibus* de Thomas de Cantimpré (1200-1270)", in *Il mondo animale, Micrologus*, VIII, Florencia, Sismel, Ed. del Galluzzo, 2000, pp. 261-296. Cantimpré recopiló en esta obra numerosos *exempla*, la mayoría con la abeja como protagonista.

^{xxxii} C. S. LEWIS, *La imagen del mundo*. Barcelona, Bosch, 1980, cap. VII, sobre los animales. Nicasio SALVADOR MIGUEL, "Los bestiarios y la literatura medieval castellana", in *Edad Media: entre literatura e historia*, Madrid, Ediciones del Orto, 2015.

^{xxxiii} Geoffrey E. R. LLOYD, citado por Maria Fernanda FERRINI en su introducción y traducción de ARISTOTELE, *Fisiognomica*, Milán, Bompiani, 2007, p. 69.

^{xxxiv} Giovanni ORLANDI, "La tradizione del "Physiologus" e i prodromi del bestiario latino", in *L'uomo di fronte al mondo animale nell'alto Medioevo*, XXXI Settimana di Spoleto, o.c., pp. 1057-1106.

^{xxxv} Jacques VOISINET, “El simbolismo animal según los clérigos de la Edad Media”, en María del Rosario GARCÍA HUERTA, Francisco RUIZ GÓMEZ, (eds.), *Animales simbólicos en la Historia. Desde la Protohistoria hasta el final de la Edad Media*, Madrid, Síntesis, 2012, pp. 198-201: buen resumen de la organización y contenido del *Physiologus*. X. R. MARIÑO FERRO, *Simbolismo animal. Creencias y significados en la cultura occidental*, Madrid, Ed. Encuentro, 1996. En términos generales, N. J. SAUNDERS, *Los espíritus animales. Simbolismo y mitología de los animales a través de diversas culturas y épocas*, Barcelona, Debate, 1996.

^{xxxvi} Ben E. PERRY, “*Physiologus*” in *Real Encyklopädie der Classischen Altertumswissenschaft*, ed. Pauly Wissowa, XX (1950), pp. 1074-1129. N. HENKEL, *Studien zum Physiologus im Mittelalter*, Tübingen, 1976. E. N. M. Diekstra, “The Physiologus, the Bestiaries and Medieval Animal Lore”, *Neophilologus*, 69/1 (1985), 142-155. *El Fisiólogo. Bestiario medieval*, ed. M. AYERRA y N. GUGLIELMI, Buenos Aires, 1971. Santiago SEBASTIÁN, *El Fisiólogo atribuido a San Epifanio seguido del Bestiario toscano*, Madrid, Tuero, 1986. Estudio general y amplia bibliografía en Karla Xiomara LUNA MARISCAL, *El bestiario hispánico medieval: temas y motivos en la moralización*, México, Universidad Nacional Autónoma, 2000.

^{xxxvii} Pilar DOCAMPO ÁLVAREZ, Javier MARTÍNEZ OSENDE y José Antonio VILLAR VIDAL, “La versión C del Fisiólogo latino. El ‘Codex Borgarsianus’ 318 de Berna”, *Medievalismo*, (2000), 27-67. Con amplia introducción sobre el *Physiologus*.

^{xxxviii} V. la antología de textos reunida por Ignacio MALAXECHEVERRÍA, *Bestiario medieval*, Madrid, Siruela, 1999 (2ª. ed.).

^{xxxix} M. W. TWOMEY, “The Exemplary Environment of Bartholomeus Anglicus”, in *Reading the Natural World in the Middle Ages and the Renaissance. Perceptions of the Environment and Ecology*, ed. Thomas WILLARD, Turnhout, Brepols, 2020, pp. 71-88.

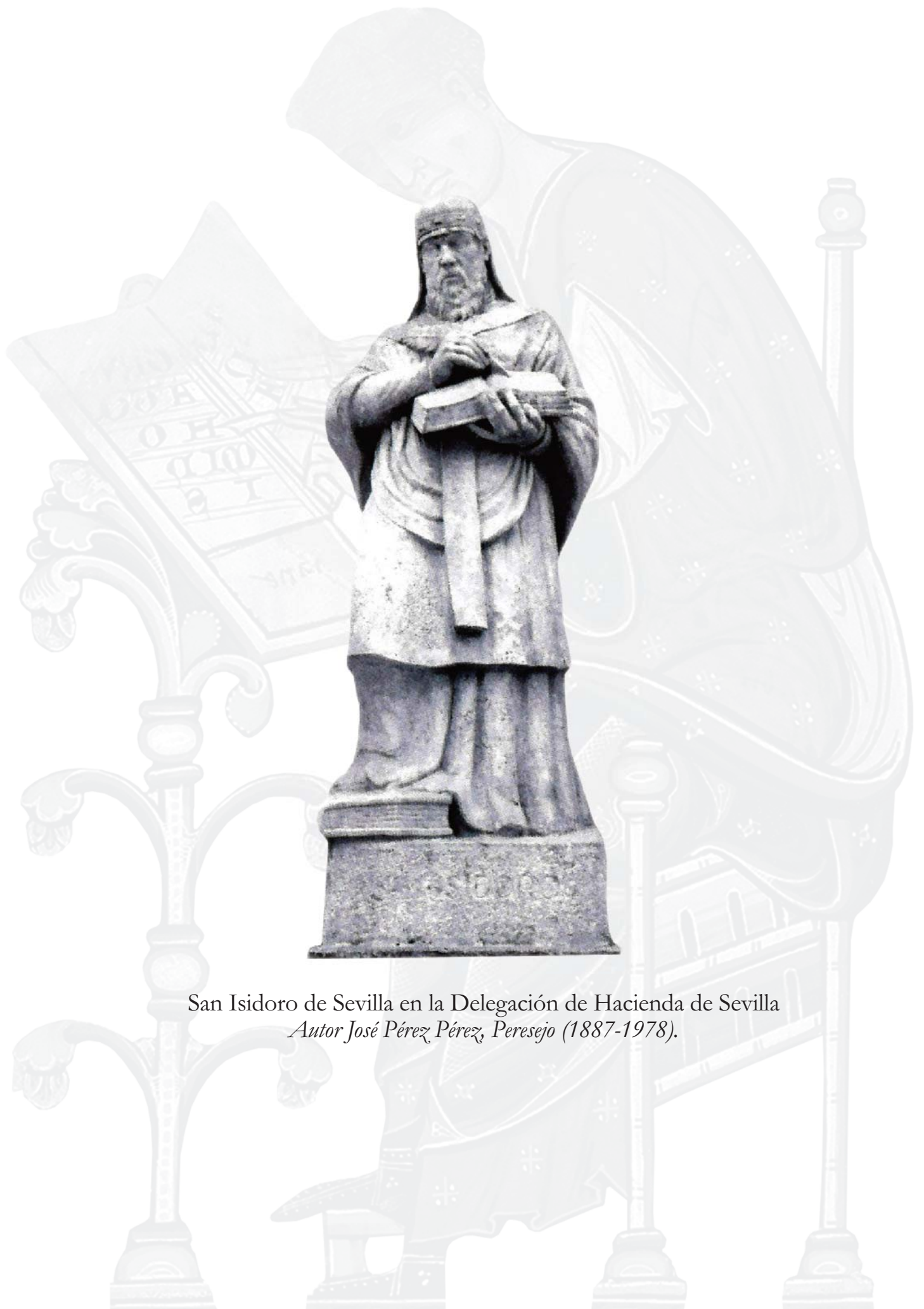
^{xl} Resumen general en Miguel Ángel LADERO QUESADA, *Espacios y viajes. El mundo exterior de los europeos en la Edad Media*, Madrid, Dykinson, 2020, capítulo segundo, “Maravillas del mundo”, pp. 45-100. *L'étrange et le merveilleux dans l'Islam médiéval*, M. Arkoun, J. Le Goff, M. Rodinson et alii, París, 1978. Michel MESLIN, *Le Merveilleux. L'imaginaire et les croyances en Occident*, París, Bordas, 1984. Y el libro pionero de Arturo GRAF, *Mitti, legende e superstizioni del Medio evo*, Turín, 1882-1883 [reedición, Milán, 1984].

^{xli} Párrafos tomados de Claude KAPPLER, *Monstruos demonios y maravillas a fines de la Edad Media*, Madrid, Akal, 1986,

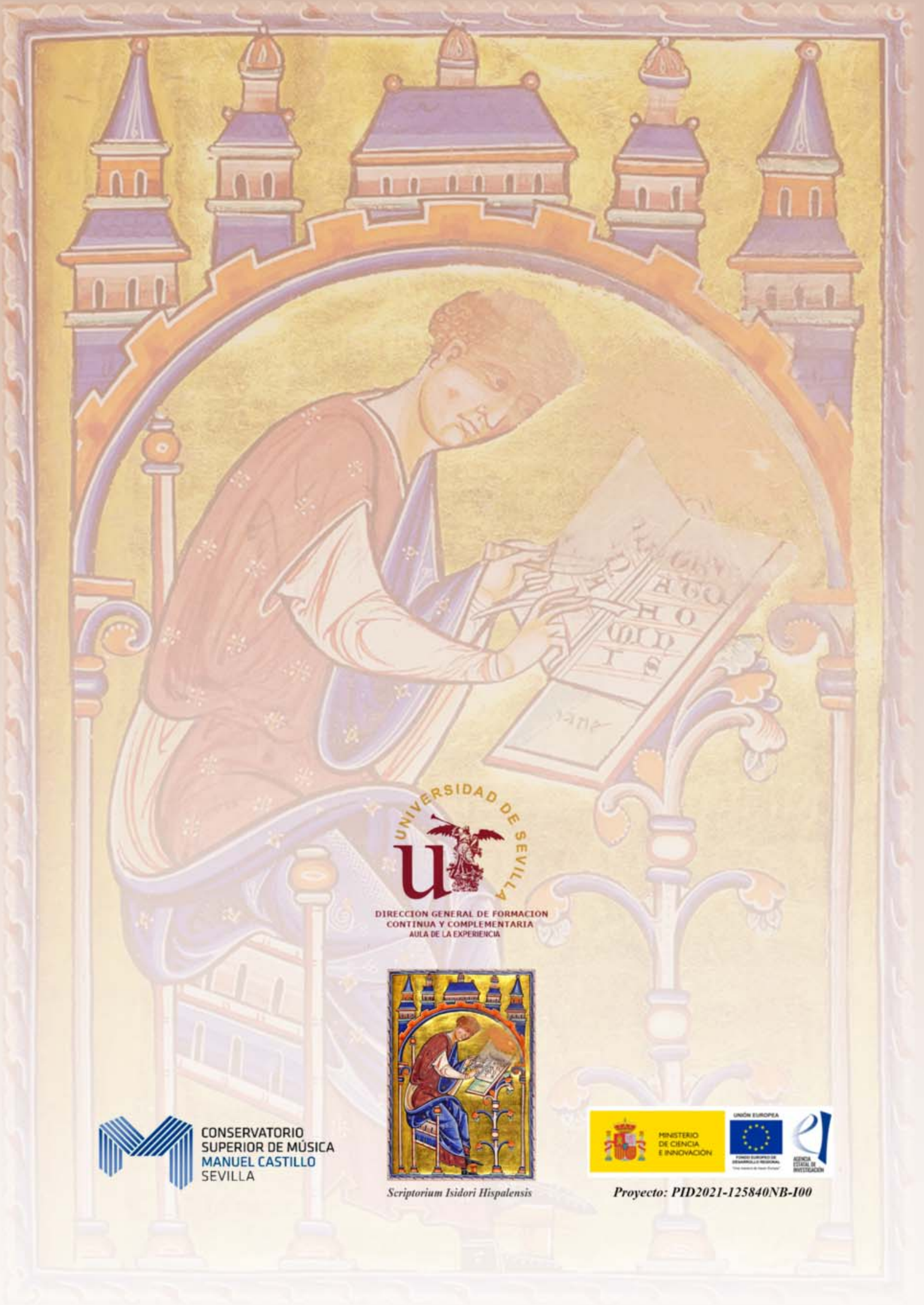
^{xlii} *Etim.*, XI.III.1-2: “De los monstruos”.

^{xliii} Jacques LE GOFF, “Lo maravilloso”, in *Diccionario razonado del Occidente Medieval*, Madrid, Akal, 2003 (edición original, *Dictionnaire raisonné de l’Occident médiéval*, ed. J. Le Goff et Jean-Claude Schmitt, París, Fayard, 1999) y “Le merveilleux dans l’Occident médiéval”, in *L’imaginaire médiéval: essais*, París, Gallimard, 1985.





San Isidoro de Sevilla en la Delegación de Hacienda de Sevilla
Autor José Pérez Pérez, Peresejo (1887-1978).



DIRECCIÓN GENERAL DE FORMACION CONTINUA Y COMPLEMENTARIA
AULA DE LA EXPERIENCIA



Scriptorium Isidori Hispalensis



CONSERVATORIO SUPERIOR DE MÚSICA
MANUEL CASTILLO
SEVILLA



Proyecto: PID2021-125840NB-I00